

# LA ALTERNATIVA DE JESÚS: EL REINO DE DIOS

El objetivo de mi exposición es presentar a Jesús de Nazaret como impulsor de una manera nueva de entender y de vivir la experiencia de Dios, la convivencia humana y, en definitiva, la construcción del mundo. Para entender correctamente lo que voy a decir y evitar desde el comienzo lecturas poco exactas o inapropiadas de Jesús, de su actuación y significado, me parece oportuno hacer algunas observaciones.

## Introducción<sup>1</sup>

1. En la sociedad judía del siglo primero y, más en concreto, en la Galilea de los años treinta, no se conoce propiamente una separación entre los diversos aspectos de la vida que hoy nosotros diferenciamos con toda espontaneidad: lo religioso, lo político, lo económico. No existe siquiera el concepto de «religión». Todo se entremezcla y se implica. Lo que hoy llamamos «dimensión religiosa» está presente en todo, legitimando, orientando e impulsando una determinada manera de entender la vida y de organizar la convivencia. Desde esta perspectiva es anacrónico considerar a Jesús como el fundador de una nueva religión. Es más exacto ver en él un hombre que, desde una experiencia nueva de Dios, pone en marcha una comprensión y un movimiento renovador de la vida.

2. Jesús no es un escriba judío ni un sacerdote del Templo. Lo suyo no es enseñar una doctrina religiosa, ni explicar la ley de Dios, ni teorizar sobre la divinidad. Propiamente, Jesús no enseña una doctrina para que sus discípulos la aprendan correctamente y la difundan. Jesús anuncia un acontecimiento que pide ser escuchado y atendido pues lo puede transformar todo. Él lo está ya experimentando e invita a todos a compartir su experiencia: Dios se está introduciendo en la historia humana. Es lo mejor que nos podía suceder. «El reino de Dios está cerca. Cambiad de manera de pensar y creed en esta buena noticia» (Mc 1, 15). Los investigadores piensan hoy que esto que Jesús llama «reino de Dios» (*malkutá d'alaha*) es el corazón de su mensaje, la pasión que animó toda su vida, la razón por la que fue ejecutado. Y, naturalmente, este «reino de Dios» no es una religión. Va más allá de las creencias, preceptos y ritos de cualquier religión. Es una experiencia nueva de Dios que lo resitúa todo de manera diferente. Si de Jesús nace una nueva religión, como de hecho sucedió, tendrá que ser una religión al servicio del proyecto de Jesús para el mundo, es decir, al servicio del reino de Dios.

3. Lo sorprendente es que Jesús nunca explica en qué consiste el reino de Dios. Lo que hace es sugerir, con un lenguaje poético, cómo actúa Dios y cómo sería el mundo si hubiera gente que actuara como él. Podemos decir que «reino de Dios» es la vida tal como la quiere construir Dios. ¿Cómo sería la vida en el imperio si en Roma reinara Dios y no Tiberio? ¿Cómo sería la vida en Galilea si en Tiberiades reinara Dios y no Antipas? ¿Cómo sería la vida en el pueblo judío si el Templo de Jerusalén estuviera regido por Dios y no por Caifás? El «reino de Dios» es para Jesús lo primero y absoluto, lo que relativiza y sitúa en su verdadero lugar todo lo demás: leyes, tradiciones, cultos y culturas. Podemos decir que Jesús sólo buscaba una cosa: que hubiera en la tierra hombres y mujeres que comenzaran a actuar como actúa Dios. Era su obsesión: ¿cómo sería la vida si la gente se pareciera más a Dios? ¿Cómo se

---

<sup>1</sup> Esta exposición de carácter sintético se fundamenta en trabajos recientes de investigación sobre la figura de Jesús. Para nuestro tema son de especial interés G. Theissen, B. Malina, S. Freyne, R. A. Horsley, G. R. Beasley – Murray, M. J. Borg, R. Aguirre, J. D. Crossan, E. P. Sanders, D. Kaylor, E. W. Stegemann, W. Stegemann, G. H. Twelftree, F. Vouga, B. Chilton.

transformaría todo si los sacerdotes de Jerusalén, los escribas de la Ley, los terratenientes de Galilea, los legados de Roma actuaran como quiere Dios.

4. Para hablar de todo esto, Jesús escogió como símbolo central de todo su mensaje y actuación un término político que no podía suscitar sino expectación y fuerte recelo: ¿Qué estaba sugiriendo Jesús al hablar de «*imperio de Dios*»? El término «*basileia*» que emplean invariablemente las fuentes cristianas para traducir «*reino de Dios*» sólo se empleaba en los años treinta para hablar del «*imperio de Roma*». Era el César de Roma el que, con sus legiones, establecía la «*pax romana*» e imponía su justicia al mundo entero, sometiendo a los pueblos a su imperio. Él proporcionaba bienestar y seguridad, exigiendo a cambio de su protección como «benefactor» una implacable tributación a los pueblos subyugados. ¿Qué pretendía ahora Jesús al invitar a todos a «*entrar en el Imperio de Dios*» que, a diferencia de Tiberio, no quería poder, riqueza y honor, sino justicia y compasión precisamente para los últimos, los más excluidos y humillados. Evidentemente, era claro que para «entrar» en el Imperio de Dios había que «salirse» del imperio de Roma.

Voy a señalar sólo cuatro puntos básicos de los que se derivan consecuencias diversas:

### I. **La compasión como principio de actuación**

La investigación sobre Jesús llega a una conclusión bastante generalizada. Jesús de Nazaret ha sido un hombre, tal vez el único, que ha vivido y comunicado una experiencia sana de Dios, sin desfigurarla con los miedos, ambiciones y fantasmas que, de ordinario, proyectan las diversas religiones sobre la divinidad.

Jesús no habla nunca de un Dios «indiferente» o lejano, descomprometido de la vida de los humanos o interesado sólo por su honor, su gloria o sus derechos. En el centro de su experiencia no encontramos la imagen de un Dios «legislador» que intenta gobernar el mundo por medio de leyes, al tiempo que amenaza a sus criaturas con castigos terribles o trata de seducirlas con premios maravillosos. Tampoco experimenta a Dios como un ser «justiciero» irritado o airado ante nuestros pecados.

Para Jesús, Dios es compasión; «entrañas», diría él, «*rahamim*». Es su lenguaje preferido<sup>2</sup>. La compasión es el modo de ser de Dios, su primera reacción ante sus hijos e hijas, su principio de actuación. Dios siente hacia sus criaturas lo que una madre siente hacia el hijo que lleva en su vientre. Dios nos lleva en sus entrañas. Las parábolas más bellas y conmovedoras que salieron nunca de labios de Jesús y, sin duda, las que más trabajó en su corazón fueron las que narró para hacer intuir a todos la increíble misericordia de Dios<sup>3</sup>.

La más cautivadora, tal vez, la del padre bueno<sup>4</sup>. Los que la escucharon por vez primera quedaron sin duda sorprendidos. No era lo que se les oía a los escribas o a los sacerdotes en el Templo. ¿Es posible que Dios sea así? ¿Cómo un padre que no se guarda para sí su herencia, que no anda obsesionado por la moralidad de sus hijos, que interrumpe la confesión del hijo pródigo para ahorrarle más humillaciones, que, rompiendo las reglas de lo justo y correcto, busca para todos una vida digna y dichosa? ¿Será ésta la mejor metáfora de Dios: un padre acogiendo «conmovido hasta las entrañas» a los perdidos y suplicando a quienes escuchan sus mandatos a acogerlos con la misma compasión? ¿Será Dios un padre que busca orientar la historia hacia una fiesta final donde por fin se celebrará la vida y la liberación de todo

---

<sup>2</sup> El término sugiere diversos matices: «*dar vida*», «*alimentar*», «*cuidar*».

<sup>3</sup> Empleo indistintamente los términos de «*misericordia*» o «*compasión*». En general, prefiero hablar de «*compasión*» pues sugiere mayor cercanía. «*Tener misericordia*» puede hacer pensar en una relación que se establece con quien está más abajo.

<sup>4</sup> Lucas 15, 11–32. Es un error llamarla parábola del hijo pródigo o derrochador. La figura central es el padre.

lo que esclaviza y degrada al ser humano? Jesús habla de un banquete abundante, habla de música y danzas, de hombres perdidos que abandonan una vida indigna, de hermanos llamados a acogerse. ¿Será éste el secreto último de la vida?

Jesús contó también una parábola sorprendente y provocativa sobre el dueño de una viña que quería trabajo y pan para todos<sup>5</sup>. Este hombre contrató a diversos grupos de trabajadores. A los primeros a las seis de la mañana, luego hacia las nueve, más tarde a las doce del mediodía, a las tres de la tarde e incluso a las cinco, cuando sólo faltaba una hora para terminar la jornada. Sorprendentemente, a todos les pagó un denario : lo que se necesitaba para vivir durante un día. Este hombre no piensa en los méritos de unos y otros, sino en que todos puedan cenar esa noche con sus familias. Cuando los primeros protestan, ésta es su respuesta: «¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera con lo mío? O tenéis que ver con malos ojos que yo sea bueno?» El desconcierto tuvo que ser general ¿Qué estaba sugiriendo Jesús? ¿Es que para Dios no cuentan los méritos? ¿Es que Dios no funciona con los criterios que nosotros manejamos? Ésta manera de entender la bondad de Dios, ¿no rompe todos los esquemas religiosos? ¿será verdad que Dios, más que atender a nuestros méritos, está mirando cómo responder a nuestras necesidades? De ser así, sería la gran noticia.

En el recuerdo de sus discípulos quedó grabada también otra parábola desconcertante sobre un fariseo y un recaudador que subieron al Templo a orar<sup>6</sup>. El fariseo lo hace de pie y seguro. Su conciencia no le acusa de nada. Cumple fielmente la Ley y la sobrepasa. No es hipócrita. Dice la verdad. Por eso da gracias a Dios. Si este hombre no es santo, ¿quién va a ser? Seguro que puede contar con la bendición de Dios. El recaudador, por el contrario, se retira a un rincón y no se atreve ni a elevar sus ojos del suelo. Sabe que es pecador, y sabe también que no puede cambiar de vida. No puede dejar su trabajo ni devolver lo que ha robado. Por eso, no promete nada. Sólo le queda abandonarse a la misericordia de Dios: «Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador». Nadie querría estar en su lugar. Dios no puede aprobar su conducta. Inesperadamente, Jesús concluye la parábola con esta afirmación: «Yo os digo que este recaudador bajó a su casa justificado, y aquel fariseo no». Jesús pilla a todos por sorpresa. De pronto, les abre a un mundo nuevo que rompe todos sus esquemas religiosos. ¿Cómo puede hablar de un Dios que no reconoce al piadoso y, por el contrario, concede su bendición al pecador que se abandona a su misericordia? ¿Será verdad que, al final, lo decisivo no es la vida religiosa de uno sino la misericordia insondable de Dios? ¿Será verdad que la última palabra no la tiene la Ley que juzga nuestra vida, sino la compasión de Dios que escucha nuestra invocación?

Esta experiencia de un Dios compasivo fue el punto de partida de la actuación revolucionaria de Jesús y lo que le condujo a introducir en la historia un nuevo principio de actuación: la compasión.

La ordenación religiosa y sociopolítica del pueblo judío arrancaba de una exigencia radical formulada así: «*Sed santos porque yo, el Señor, vuestro Dios soy santo*»<sup>7</sup>. El pueblo debía imitar al Dios Santo del Templo que rechaza a los paganos, los pecadores e impuros, y bendice al pueblo elegido, a los justos, a los puros. Esta imitación de la santidad de Dios, entendida como separación de lo «*no-santo*», lo «*impuro*», generaba una sociedad discriminatoria y excluyente. El pueblo judío busca su propia identidad excluyendo a las naciones paganas e impuras. Los sacerdotes del Templo gozan de un rango de pureza superior al resto del pueblo. Los observantes de la Ley disfrutaban de la bendición de Dios, mientras los pecadores son objeto de su ira. Los varones pertenecen a un nivel superior de santidad sobre las mujeres, sospechosas siempre de impureza por su menstruación y los partos. Los sanos están

---

<sup>5</sup> Mateo 20, 1 – 15. Es un error llamarla la parábola de «*los obreros de la viña*». El verdadero protagonista es el propietario de la viña. La podríamos llamar la parábola del «*contratador bueno*» o «*el patrono que quería trabajo para todos*».

<sup>6</sup> Lucas 18, 10 – 14a

<sup>7</sup> Levítico 19, 2

más cerca de Dios que los leprosos, los ciegos o tullidos que son excluidos del acceso al Templo.

Jesús introduce en medio de esta sociedad una alternativa que lo transforma todo: «Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo»<sup>8</sup>. Es la compasión de Dios y no la santidad el principio o el «*ethos*» que ha de inspirar la actuación humana. Jesús no niega la santidad de Dios, pero lo que cualifica esa santidad no es la separación de lo impuro, el rechazo de lo no santo. Dios es santo y grande, no porque rechaza y excluye a los paganos, pecadores o impuros, sino porque ama sin excluir a nadie de su compasión. Por eso, la compasión no es, para Jesús, una virtud más, sino la única manera de ser como Dios. El único modo de mirar el mundo, de sentir a las personas y de reaccionar ante el ser humano de manera parecida a la de Dios.

Esta compasión no es un mero sentimiento sino un principio de acción que desafía los esquemas de actuación convencionales. Consiste en interiorizar y hacer nuestro el sufrimiento del otro para reaccionar y hacer por él todo lo que podamos. Jesús lo sugirió de manera provocativa en la parábola del buen samaritano<sup>9</sup>. Jesús habla de un hombre asaltado y abandonado medio muerto en la cuneta de un camino solitario. Afortunadamente, por el camino aparecen dos viajeros: un sacerdote y un levita. Vienen del templo, después de realizar su servicio cultural. El herido los ve llegar esperanzado: son de su propio pueblo; representan al Dios del Templo; sin duda, tendrán compasión. No es así. Los dos «dieron un rodeo» y pasaron de largo. Por el camino aparece un tercer viajero. No es sacerdote ni levita. Ni siquiera pertenece al pueblo elegido. Es un odiado samaritano, miembro de un pueblo enemigo. El herido lo ve llegar atemorizado. Se puede esperar lo peor. Sin embargo, el samaritano «tuvo compasión»<sup>10</sup>, se acercó al herido e hizo por él todo lo que pudo hasta salvarlo. La sorpresa de los oyentes no podía ser mayor. La parábola rompía todos sus esquemas y clasificaciones entre amigos y enemigos, entre pueblo elegido y gentes extrañas e impuras. ¿Será verdad que la compasión puede llegar, no del Templo ni de los canales religiosos oficiales, sino de un enemigo proverbial? Jesús miraba la vida desde la cuneta, con los ojos de las víctimas necesitadas de ayuda. No había duda. Para Jesús, la mejor metáfora de Dios era la compasión con los heridos. Y la única manera de ser como Dios y de actuar de manera humana era actuar como aquel samaritano. La parábola de Jesús introducía un vuelco total. Los representantes del Templo pasan de largo junto al herido; el odiado enemigo es el salvador. Con la compasión caen las barreras. Hasta un enemigo tradicional, renegado por todos, puede ser cauce de la compasión de Dios. ¿Habrà que olvidar prejuicios y enemistades seculares, odios y sectarismos? ¿Habrà que reordenarlo todo desde la compasión?

Una última parábola en la que no es fácil reconstruir el relato original de Jesús, nos permite captar la revolución que introduce en la historia<sup>11</sup>. La parábola es, en realidad, una descripción grandiosa del juicio de todas las naciones<sup>12</sup>. Allí están gentes de todas las razas y pueblos, de todas las culturas y religiones, generaciones de todos los tiempos. Se va a escuchar el veredicto final que lo esclarecerá todo. Dos grupos van emergiendo de aquella muchedumbre. Unos son llamados a recibir la bendición de Dios para heredar su reino; a otros se les invita a apartarse. Cada grupo se dirige hacia el lugar que ellos mismos han escogido. Unos han reaccionado con compasión ante los necesitados; los otros han vivido indiferentes a su sufrimiento. Lo que va a decidir su suerte no es su religión, ni su piedad. No han actuado por motivos religiosos. Sencillamente, unos han vivido movidos por la compasión, otros no.

---

<sup>8</sup> Lucas 6, 30

<sup>9</sup> Lucas 10, 30 -36.

<sup>10</sup> Jesús utiliza el mismo término para describir la acogida del padre al hijo pródigo y la actuación del samaritano («*se conmovió*»).

<sup>11</sup> Mateo 25, 31 – 46. Se la llama tradicionalmente la parábola del «*juicio final*» o «*las ovejas y cabras separadas por el pastor*».

<sup>12</sup> Ante el rey y pastor comparece «*la asamblea de las naciones*».

En la parábola se habla de seis situaciones de necesidades básicas. No son casos irreales, sino situaciones que se conocen en todos los pueblos de todos los tiempos. En todas partes hay hambrientos y sedientos; hay inmigrantes y desnudos; enfermos y encarcelados. No se habla de grandes palabras como «justicia» o «solidaridad», sino de comida, de ropa, de algo de beber, de un techo para resguardarse. No se habla tampoco de «amor», sino de cosa tan concretas como «dar», «acoger», «visitar», «acudir». Lo decisivo no es la teoría, sino la compasión que lleva a ayudar al otro cuando está necesitado. El verdadero progreso, la salvación de la humanidad está en atender a los desgraciados del mundo. Su perdición, por el contrario, está en la indiferencia ante el sufrimiento. El mensaje proclamado y vivido por Jesús hasta el final fue éste: *«Sed compasivos como vuestro Padre del cielo»*. Ésta es su herencia.

## **II. La dignidad de los últimos como meta**

Jesús vivió en una sociedad en profunda crisis. Todos esperaban algún acontecimiento decisivo, incluso una intervención de Dios que diera un vuelco a la situación. Los esenios de Qumrán, los diversos grupos fariseos, los radicales «*haberim*», los movimientos de resistencia a Roma, los visionarios apocalípticos, todos proponían diversos caminos. Jesús, por su parte, fue gestando en su conciencia un proyecto absolutamente original: lo llamó «reino de Dios» y lo entendió como la irrupción de su compasión en el mundo. Dios es bondad sin límites, compasión increíble hacia los que sufren. Lo importante es acoger, introducir y extender esa compasión en la sociedad. No basta buscar un nuevo orden de cosas más justo según lo entiende cada grupo desde su propia visión e intereses. Es necesario introducir en la vida una nueva dinámica y una nueva dirección: la compasión tiene que dirigirlo e impulsarlo todo hacia una vida más digna para los últimos.

Este mensaje resultaba un desafío para todos. Según Jesús hay que aprender a vivir desde otro «lugar» diferente. Hay que liberarse de la «sabiduría convencional» que ha ido modelando durante siglos las tradiciones de Israel, la religión del Templo y la espiritualidad de los diferentes grupos. Hay que criticar valores muy interiorizados en la conciencia social y que llevan nombres muy concretos: «elección de Israel», «destrucción de los paganos», «dominio sobre los pueblos enemigos», «maldición de los pecadores». Jesús los llama ahora a vivir acogiendo el reino de Dios que quiere una vida más digna y más dichosa para todos, empezando por los últimos. Hay que aprender a vivir desde valores diferentes: compasión hacia los que sufren, defensa de los últimos, acogida incondicional a todos, lucha por la dignidad de todo ser humano.

Las gentes de Galilea conocían bien lo que era un reino construido sobre la violencia y la opresión. Llevaban muchos años sufriendo la crueldad de Roma y la explotación de las clases dirigentes. Siempre había sido así. Imperio de Augusto o de Tiberio, reino de Herodes o gobierno de su hijo Antipas: el resultado siempre era el mismo. Lujosos edificios en las ciudades, miseria en las aldeas; riqueza y ostentación en las élites urbanas, deudas, pérdida de tierras y hambre entre los campesinos; enriquecimiento de los grandes terratenientes, aumento de mendigos desnutridos, vagabundos, prostitutas, esclavos fugitivos de sus amos y bandoleros. Nada podían esperar de Tiberio ni de Antipas.

En este contexto hemos de situar la actuación de Jesús. Su objetivo no era organizar una religión más perfecta. No se dedicó a desarrollar una teología más precisa sobre Dios o una liturgia más digna en el Templo. La pasión que alentó toda su vida fue otra. Quería ver realizado cuanto antes el proyecto de Dios: una vida más digna y dichosa para todos. Por eso, había que introducir en la sociedad una dirección nueva hacia los últimos, los más necesitados e indefensos. ¿Cómo sería el mundo si fuera Dios y no Tiberio el que reinara realmente sobre los pueblos? ¿Qué pasaría si las cosas respondieran a la voluntad de Dios?

Desde la religión convencional de Israel todo era muy claro: Dios intervendría para destruir a los enemigos de Israel y aniquilar a los impíos que no respetaban la Torá. Jesús los sorprende a todos. No se pone de parte del pueblo elegido y en contra

de los pueblos paganos: el reino de Dios no va a consistir en la destrucción de los gentiles. No se pone tampoco de parte de los justos y en contra de los impíos: el reino de Dios no va a consistir en una victoria de los santos para hacer pagar a los malos su pecado. Jesús se pone a favor de los que sufren y en contra del mal y la injusticia que impiden a todos una convivencia más digna y justa.

La compasión de Dios está pidiendo que se haga justicia a los más pobres y humillados. El reino de Dios es para ellos. Jesús tiene ante sus ojos aquellas gentes que viven humilladas en sus aldeas, sin poder defenderse de los grandes terratenientes; conoce muy bien el hambre de aquellas mujeres y niños desnutridos; ha visto llorar de rabia e impotencia a aquellos campesinos al quedarse sin tierras o al ver que los recaudadores se llevan lo mejor de sus cosechas. Son ellos los que necesitan escuchar antes que nadie su mensaje: «Dichosos los que no tenéis nada porque vuestro rey es Dios. Dichosos los que ahora tenéis hambre porque seréis saciados. Dichosos los que ahora lloráis porque reiréis»<sup>13</sup>.

¿Cómo puede Jesús hablar así? ¿No es una burla? ¿No es cinismo? Jesús habla con total convicción. Esta afirmación es central en su mensaje: los que no interesan a nadie le interesan a Dios; los que «sobran» en los imperios construidos por los hombres tienen un lugar privilegiado en su corazón; los que no tienen a nadie que los defienda, le tienen a Dios como Padre. Si el reino de Dios es acogido, todo cambiará para bien de los últimos. Esta fue la fe de Jesús, su pasión y su lucha.

Pero Jesús es realista. Todo esto no significa, ahora mismo, el final del hambre y la miseria, pero sí una dignidad indestructible para todas las víctimas de abusos y atropellos. Todo el mundo ha de saber que son los hijos predilectos de Dios. Esto le da a su dignidad una seriedad absoluta. Nunca en ninguna parte se construirá la vida tal como la quiere Dios si no es liberando a estos hombres y mujeres de su miseria y humillación. Nunca ninguna religión será bendecida por Dios si no introduce justicia para ellos. Esto es acoger el reino de Dios: poner a las religiones y a los pueblos, a las culturas y a las políticas mirando hacia la dignidad de los últimos.

### **III. La actuación terapéutica como programa**

No hay duda de que Jesús amó, defendió y dedicó su atención a los más pobres e indefensos de la sociedad. No hay en ello nada original. Otros muchos lo han hecho también así, antes y después de Jesús. Lo más admirable es que, por encima de ellos, Jesús no amó nada más que a ellos, ni siquiera la religión, la ley o la seguridad de su pueblo. Las fuentes no dejan lugar a dudas. Lo primero para Jesús es la vida de la gente, no la religión.

La clave desde la que Jesús vive a Dios y lucha por su reinado entre los humanos no es el pecado, la moral o la ley, sino el sufrimiento generado por la falta de compasión. La gente captó enseguida la diferencia entre Jesús y el Bautista. La misión del Bautista estaba pensada y organizada en función del pecado. Era su preocupación suprema: denunciar los pecados del pueblo, llamar a la penitencia y purificar con el bautismo a quienes acudían al Jordán. El Bautista nunca cura los enfermos, no toca a los leprosos, no libera a los endemoniados, no alivia el sufrimiento.

Por el contrario, la primera preocupación de Jesús era el sufrimiento y la marginación que sufrían las gentes más enfermas y deterioradas. Las fuentes no presentan a Jesús caminando por Galilea en busca de pecadores para convertirlos de sus pecados. Lo presentan acercándose a enfermos y endemoniados para curarlos de su sufrimiento. Su misión no era tanto una misión «religiosa» o «moral», cuanto una misión «terapéutica» encaminada a aliviar el sufrimiento de quienes se ven agobiados por el mal y excluidos de una vida sana. Es más determinante en la actuación de Jesús suprimir el sufrimiento que denunciar los pecados de la gente. No es que no le preocupe el pecado sino que, para él, el pecado que ofrece mayor resistencia al reino

---

<sup>13</sup> Hay un consenso general en que estas tres bienaventuranzas provienen de Jesús.

de Dios es precisamente causar sufrimiento o tolerarlo con indiferencia desentendiéndonos de él.

Se ha dicho con razón que, frente a la «mística de ojos cerrados» propia de Buda y de la espiritualidad del Oriente en general, que busca en la atención a lo interior caminos para liberarse del dolor, Jesús impulsa una «mística de ojos abiertos» y una espiritualidad de la responsabilidad absoluta de atender al dolor de las gentes. Cuando a Jesús se le pregunta si viene en nombre de Dios, sólo responde con su actividad terapéutica y curadora: «los ciegos ven y los inválidos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia. Y dichoso el que no se sienta defraudado por mí»<sup>14</sup>. En otra ocasión, cuando a Jesús se le acusa de estar interviniendo en el mundo tenebroso de lo demoníaco en virtud de espíritus malignos, responde con estas palabras: «Si yo expulso demonios con el dedo de Dios, entonces es que está llegando a vosotros el reino de Dios»<sup>15</sup>. No hay duda. Se actúa en nombre de Dios cuando se lucha contra el sufrimiento. Se abre camino al reino de Dios cuando se libera a la gente del mal.

Jesús ha puesto en marcha una «religión terapéutica», que no tiene precedentes en la tradición religiosa de Israel. Jesús no anuncia el reino de Dios levantando con autoridad el índice de su mano para recordar a todos la ley del Señor. Los galileos captaban en él algo nuevo y original. Sus manos tocaban a los leprosos, bendecían a los enfermos, acariciaban a los que vivían sufriendo. Jesús proclamaba a Dios curando. Esto es lo nuevo. Jesús pone en marcha un proceso de sanación tanto individual como social con una intención de fondo: curar, aliviar el sufrimiento, restaurar la vida. El cuarto evangelio pondrá en boca de Jesús una frase que lo dice todo: «Yo he venido para que tengan vida y vida abundante»<sup>16</sup>.

Las curaciones que Jesús lleva a cabo a nivel físico, psicológico o espiritual son el símbolo que mejor condensa e ilumina su proyecto del reino de Dios. Jesús no cura de manera arbitraria o por puro sensacionalismo. No cura para probar su mensaje, su autoridad o el poder de Dios. Cura «*movido por compasión*»<sup>17</sup>, buscando la salud integral de las personas: que todos los que se sienten enfermos, abatidos, rotos o humillados, puedan experimentar signos curadores de un Dios amigo que quiere para todos una vida más sana.

No hemos de pensar sólo en las curaciones. Toda su actuación trata de encaminar a la sociedad a una vida más saludable. Su rebeldía frente a tantos comportamientos patológicos de raíz religiosa (legalismo, hipocresía, rigorismo, vacío de amor); su esfuerzo por crear una convivencia más justa y solidaria; su ofrecimiento de perdón a gentes hundidas en la culpabilidad y la ruptura interior; su acogida a los maltratados por la vida o la sociedad; su empeño en liberar a todos del miedo y la inseguridad para vivir desde la confianza absoluta en Dios, su actividad entera está orientada a curar la vida.

Jesús sólo llevó a cabo un puñado de curaciones. Por las aldeas de Galilea y Judea quedaron otros muchos ciegos, leprosos y endemoniados sufriendo sin remedio su mal. Sólo una mínima parte experimentó su fuerza curadora. Jesús no pensó nunca en los milagros como una forma fácil de suprimir el sufrimiento en el mundo, sino sólo como un signo para indicar la dirección en la que hemos de actuar para acoger e introducir el reino de Dios en el mundo.

No es extraño que, al confiar su misión a sus discípulos, Jesús los imagine no como doctores, jerarcas, liturgistas o teólogos, sino como curadores: «*Proclamad que el reino de Dios está cerca: curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos,*

---

<sup>14</sup> *Mateo 11, 4 – 6.*

<sup>15</sup> *Lucas 11, 20.* Hay un consenso general en aceptar la autenticidad de estas palabras recogidas en la *fuentes Q*.

<sup>16</sup> *Juan 10, 10*

<sup>17</sup> Así se dice explícitamente en diversos relatos.

*arrojad demonios. Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis»*<sup>18</sup>. La primera tarea de los seguidores de Jesús no es celebrar cultos, elaborar teología, predicar moral, sino curar, liberar del mal, sacar del abatimiento, sanear la sociedad, ayudar a vivir de manera saludable. Ese programa terapéutico es el camino del reino de Dios.

Bastaría introducir la dimensión terapéutica en la Iglesia para que todo cambiara: la liturgia, la teología, la acción pastoral. Algunas cosas se derrumbarían, otras se transformarían, muchas se encauzarían de manera más evangélica. Se cumpliría el sueño de Jesús: comunidades curadoras en medio de la sociedad, signo del Dios «amigo de la vida».

#### **IV. El perdón como horizonte**

Lo que provocó más escándalo y hostilidad hacia Jesús durante su actividad en Galilea fue su amistad con los pecadores. Nunca había ocurrido algo parecido en Israel. Ningún profeta se había acercado a ellos en esa actitud de respeto, amistad y simpatía. Lo de Jesús era inaudito. El recuerdo que había dejado el Bautista era muy diferente. Juan había denunciado a los pecadores, les había recordado el castigo que los amenazaba y había introducido un gran rito de purificación y penitencia para sacarlos del pecado. Su actuación no escandalizó a nadie. Era lo que se podía esperar de un profeta, defensor de la Alianza entre Dios y el pueblo.

Pero lo de Jesús era difícil de entender. No hablaba de la ira de Dios contra los pecadores. Al contrario, según él en el reino de Dios había sitio para los pecadores, los recaudadores y las prostitutas. No se dirigía a ellos en nombre de un Juez irritado, sino de manera amistosa y acogedora, en nombre de un Padre compasivo. No los amenazaba ni les urgía a un bautismo de penitencia. Los convidaba a sentarse a su mesa y les invitaba a seguirle. ¿Cómo un hombre de Dios los podía aceptar como amigos sin exigirles previamente conversión? ¿Cómo podían entrar en su movimiento sin ponerles condiciones para su ingreso?

Lo que más escandalizaba era verle a la mesa en su compañía. Era algo inimaginable en alguien considerado como «hombre de Dios». Sin duda era un gesto provocativo que Jesús buscó intencionadamente y que generó una reacción inmediata contra él. Las diversas fuentes recogen fielmente primero la sorpresa: «¿Qué? ¿Es que come con los publicanos y pecadores?»<sup>19</sup> y después las acusaciones de los más hostiles: «Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de pecadores»<sup>20</sup>. No sabe marcar las barreras. No tiene vergüenza. ¿Cómo puede actuar así?

El asunto era explosivo. Sentarse a la mesa con alguien siempre es signo de respeto, confianza y amistad. No se come con cualquiera. Cada uno come con los suyos: los gentiles con los gentiles, los judíos con los judíos, los ricos con los ricos, los pobres con los pobres, los fariseos con los fariseos, los monjes de *Qumrán* con su comunidad. Jamás un hombre piadoso y respetable se sentaría con pecadores y prostitutas. Comer juntos en la misma mesa quiere decir que se pertenece al mismo grupo. ¿Qué quería decir Jesús? ¿Estaba de parte de los pecadores? ¿Pertenece al mismo grupo?

Jesús insistía en comer con todos. Su mesa estaba abierta a cualquiera. Nadie se debía sentir excluido. No hacía falta ser puro. No era necesario limpiarse las manos. Podía compartir su mesa gente poco respetable, incluso pecadores que vivían al margen de la Alianza. Jesús no excluía a nadie. En el reino de Dios todo ha de ser diferente. La misericordia acogedora sustituye a la santidad excluyente. El reino de Dios es una mesa abierta donde pueden sentarse todos. No hay que reunirse ya en torno a mesas separadas que excluyen a otros para salvaguardar la propia identidad. La identidad del grupo de Jesús consistía precisamente en no excluir a nadie.

---

<sup>18</sup> Mateo 20, 7 - 8

<sup>19</sup> Marcos 2, 16

<sup>20</sup> Fuente Q (Lucas 7,34 = Mateo 11,9)

Probablemente, nunca ha habido sobre la tierra un hombre que ha proclamado con tal fuerza y hondura la amistad, el perdón y la acogida de Dios hacia quienes lo olvidan o rechazan. Su mensaje sigue ahí resonando para quien lo quiera escuchar: «Cuando os veáis juzgados por la ley, sentíos comprendidos por Dios; cuando os veáis rechazados por la sociedad, sabed que Dios os acoge; cuando nadie os perdone vuestra indignidad, sentid sobre vosotros el perdón inagotable de Dios. No lo merecéis. No lo merece nadie. Pero Dios es así: amor y perdón. No lo olvidéis nunca. Creed en esta Buena Noticia».

Una vez más, Jesús contó una parábola. Esta vez, la de un señor que organizó una gran cena<sup>21</sup>. Como es natural, no invitó a cualquiera sino a sus amigos, personas ricas e influyentes. Pero, al llegar el día, cuando su siervo los llamó para acudir al banquete, todos presentaron sus excusas y lo dejaron solo. El señor reaccionó de una manera sorprendente: «Habría banquete, por encima de todo», y se le ocurrió invitar a los que nadie invitaba: «los pobres y lisiados, los ciegos y cojos» que vivían en los barrios pobres de la ciudad. Como todavía, había sitio, mandó a su siervo salir fuera de la ciudad, hasta «los caminos y las cercas» para llamar a los que vivían junto a las murallas: forasteros, vagabundos, gente indeseable, los que, de noche eran expulsados de la ciudad, al cerrarse las puertas. Los oyentes de Jesús no se lo podían creer. ¿Un banquete abierto a todos, sin listas previas de invitados? ¿Una mesa abierta a todo el que no se autoexcluya: varones y mujeres, puros e impuros, santos y delincuentes comiendo juntos en torno a Dios? ¿Será verdad que, al final, hay una fiesta en la que Dios se verá rodeado de pobres, pecadores e indeseables? ¿Será cierto que no quiere quedarse eternamente solo en medio de una «sala vacía»? ¿Será verdad que Dios está preparando una gran fiesta final abierta a todos los que escuchen su invitación, pues a todos siente él como amigos, dignos de compartir su mesa?

\*\*\*\*\*

Dos mil años nos separan de Jesús, pero su persona y su mensaje siguen atrayendo a hombres y mujeres. El paso del tiempo no ha logrado borrar su fuerza seductora ni apagar el eco de sus palabras. Hoy, cuando las filosofías y las religiones, las ideologías y las políticas, los cultos y las Iglesias experimentan una crisis profunda, la figura de Jesús no está en crisis. Su persona y su mensaje siguen ahí llamando a una vida más digna, dichosa y esperanzada para todos.

Estos últimos años comienza a escucharse un lenguaje nuevo sobre Jesús. He aquí algo de lo que se dice en ámbitos no cristianos. Jesús no pertenece sólo a los cristianos, es «*patrimonio de la humanidad*», lo mejor que ha dado la historia; sería una tragedia si cayera en el olvido. Jesús no ha inaugurado sólo una nueva religión, sino una nueva era. Nunca ha producido la historia un «símbolo tan poderoso» para transformar el mundo como éste del «reino de Dios»; la marcha del mundo cambiaría si el «reino de Dios» se convirtiera en el eje vertebrador de las culturas, las políticas y las religiones. Hay quienes se aventuran a decir que, tal vez, estamos viviendo el final de una religión cristiana muy condicionada por la cultura helénica y el derecho romano, pero estamos en el pórtico de un desarrollo nuevo del movimiento de Jesús en los próximos siglos. Jesús podría ser el «alma» de un mundo globalizado más humano y más esperanzado.

*Conferencia pronunciada por el profesor Dr. José Antonio Pagola en la Universidad de Castelló el día 12 de marzo de 2008*

---

<sup>21</sup> Lucas 14, 16-23